

Leo Perutz

De noche, bajo el puente
de piedra

Traducción del alemán de Cristina García Ohlrich

Primera edición, 2016

Título original: *Nachts unter der steinernen Brücke*

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

© Paul Zsolnay Verlag Wien 1975, 2000

© de la traducción, Cristina García Ohlrich, 2016

© de esta edición, Libros del Asteroide S.L.U.

Fotografía del autor: © Paul Zsolnay Verlag Wien

Ilustración de la cubierta: Puente Carlos, Praga – Grabado de 1875

© Linda Steward / iStock

Publicado por Libros del Asteroide S.L.U.

Avió Plus Ultra, 23

08017 Barcelona

España

www.librosdelasteroide.com

ISBN: 978-84-16213-86-3

Depósito legal: B. 16.819-2016

Impreso por Reinbook, serveis gràfics S.L.

Impreso en España - Printed in Spain

Diseño de colección: Enric Jardí

Diseño de cubierta: Duró

Este libro ha sido impreso con un papel ahuesado, neutro y satinado de ochenta gramos, procedente de bosques correctamente gestionados y con celulosa 100 % libre de cloro, y ha sido compaginado con la tipografía Sabon en cuerpo 11

*A mi querido compañero G. P.,
en agradecimiento*

Peste en el barrio judío

En el otoño de 1589, un año en que la muerte hizo grandes estragos entre los niños del barrio judío de Praga, dos pobres cómicos, de cabello ya encanecido, que se ganaban el sustento haciendo reír a los invitados en las bodas, caminaban por la calle de Beles, la que lleva desde la plaza de San Nicolás al cementerio judío.

Empezaba a oscurecer y estaban desfallecidos, pues desde hacía un par de días no habían comido más que algunos bocados de pan. Corrían malos tiempos para los cómicos. La ira de Dios había caído sobre los inocentes niños y no se celebraban más bodas ni festejos en el barrio judío.

Hacía una semana, uno de los dos hombres, Koppel-Bär, había llevado al prestamista Markus Koprivy la hirsuta piel con la que, disfrazado de animal salvaje, solía hacer sus piruetas. El otro, Jäckele-Narr, había empeñado sus cascabeles de plata. Ahora solo les quedaba la ropa y los zapatos, y Jäckele-Narr conservaba también su violín, por el cual el prestamista no había querido darle nada.

Caminaban despacio, pues aún no había anochecido

del todo y no deseaban ser vistos cuando se internaran en el cementerio. Durante años se habían ganado el pan de cada día y la pitanza del sabbat trabajando honradamente, pero ahora su situación era tal que se veían obligados a recoger por la noche las monedas de cobre que, de vez en cuando, los píos visitantes del cementerio dejaban sobre los sepulcros para los pobres.

Cuando llegaron al final de la calle de Beles y vieron a su izquierda el muro del cementerio, Jäckele-Narr se detuvo y señaló la puerta del zapatero remendón Gerson Chalel.

—Seguramente —dijo—, Florcita, la hija del zapatero, todavía está despierta. Le voy a tocar la canción *Mis años son cinco, mi corazón da un brinco*, para que se acerque a la puerta y salga a bailar a la calle.

Koppel-Bär despertó de su ensoñación. Había estado soñando con una sopa caliente de rábanos con tropezones de carne.

—Estás loco —gruñó—. Cuando venga el Mesías y sane a los enfermos, tú seguirás siendo un loco. ¿Qué me importa a mí la hija del zapatero? ¿Qué más me da que baile o no? Estoy enfermo de hambre y me duele todo el cuerpo.

—Si estás enfermo de hambre, coge un cuchillo, afíllalo y cuélgate —dijo Jäckele-Narr y, echándose el violín al hombro, se puso a tocar.

Pero, por mucho que tocara, la hijita del zapatero no salía. Jäckele-Narr dejó caer el violín y meditó un instante. Luego cruzó la calle y echó un vistazo a la habitación del zapatero a través de la ventana.

La habitación estaba vacía y a oscuras, pero desde el dormitorio llegaba un resplandor, y Jäckele-Narr vio al

zapatero y a su mujer sentados en sendos escabeles rezando una oración fúnebre por su hija Flor, a la que habían enterrado la víspera.

—Ha muerto —dijo Jäckele-Narr—. También al zapatero le tocó el turno. Yo no tengo nada, pero daría lo que fuera porque su hijita viviera. Era tan pequeña y, a pesar de ello, cuando la veía me parecía ver el mundo entero reflejado en sus ojos. Cinco añitos y ya muere el polvo.

—A la muerte pelada no hay puerta cerrada —murmuró Koppel-Bär—. Para ella nada es demasiado pequeño, demasiado insignificante.

Y, reanudando su camino, se pusieron a recitar en voz muy baja el salmo del rey David:

—Ahora que moras bajo la sombra del Omnipotente, no te sobrevendrá mal alguno. A sus ángeles mandará cerca de ti, para que te guarden en todos tus caminos. Sus manos te sostendrán, para que tu pie no tropiece en ninguna piedra.

Había caído la noche. En el cielo brillaba, entre oscuras nubes cargadas de lluvia, una pálida luna. El silencio que reinaba en las callejuelas era tal que podía oírse el susurro del agua en el riachuelo. Temerosos y avergonzados, como si lo que se disponían a hacer contraviniera los mandamientos de Dios, atravesaron la estrecha puerta que les separaba del jardín de los muertos.

El cementerio, bañado por la luz de la luna, estaba silencioso e inmóvil como la oscura y misteriosa corriente de Sam-Bathjon, cuyas olas se detienen en el día del Señor. Las piedras blancas y grises se apoyaban unas contra otras como si no pudieran soportar solas el peso

de los años. Los árboles levantaban sus secas ramas hacia las nubes del cielo dibujando una queja.

Jäcke-Narr iba delante y Koppel-Bär le seguía como una sombra. Avanzaron por la estrecha senda bordeada de matorros de jazmín y de saúcos hasta el corroído sepulcro del rabino Avigdor. Allí, sobre la tumba del gran santo cuyo nombre iluminaba la oscuridad del exilio, Jäcke-Narr encontró un centavo de Maguncia, un tres de cobre y dos ochavos lombardos. Luego continuó hasta el lugar donde yacía, bajo un arce, la tumba del rabino Gedalja, el célebre médico.

Pero de pronto se detuvo, agarrando a su compañero de un brazo.

—¡Escucha! —susurró—. No estamos solos. ¿No has oído ese crujido y a alguien cuchicheando?

—Estás loco —le respondió Koppel-Bär, que acababa de encontrar un gros bohemio y se lo había guardado para sí—. ¡Estás chiflado! Es el viento que arrastra las hojas por el suelo.

—¡Koppel-Bär! —susurró Jäcke-Narr—. ¿No ves ese resplandor junto al muro?

—Si estás loco —gruñó Koppel-Bär— bebe vinagre, cabalga en un palo y ordeña chivos, pero a mí déjame en paz. Lo que ves son unas piedras blancas que brillan bajo la luz de la luna.

Sin embargo, en ese momento desapareció la luna entre las nubes y Koppel-Bär vio que no eran las piedras las que brillaban. Allí, junto al muro del cementerio, unas pálidas figuras, niños vestidos con sayas blancas, bailaban cogidos de las manos sobre las tumbas recién selladas. Y sobre ellos, invisible al ojo humano, estaba el ángel de Dios, que velaba por ellos.

—¡Que Dios se apiade de mí! —exclamó Koppel-Bär—. ¡Jäcke-Narr! ¿Estás viendo lo que yo veo?

—Alabado sea el Creador, pues solo Él hace milagros —susurró Jäcke-Narr—. Ahí están Florcita, Palomita, Inocencia y los dos hijos de mi vecino que murieron hace siete días.

Y al ver que el otro mundo se manifestaba ante sus ojos, el horror se apoderó de su alma, y se volvieron y echaron a correr, saltando sobre las piedras y golpeándose contra las ramas, cayendo al suelo y levantándose de nuevo. Corrían para salvar sus vidas y no se detuvieron hasta que salieron del cementerio y se encontraron de nuevo en la calle.

Jäcke-Narr se dirigió entonces a su compañero.

—Koppel-Bär —le preguntó temblando en todo el cuerpo—, ¿estás ahí? ¿Vives aún?

—Estoy vivo, alabado sea el Creador. —La voz de Koppel-Bär le llegó desde la oscuridad—. Verdaderamente, he sentido sobre mí la mano de la muerte.

Y en el hecho de seguir con vida reconocieron la voluntad de Dios de que dieran testimonio de lo que habían visto.

Permanecieron un momento cuchicheando en la oscuridad, y luego se pusieron en camino y buscaron en su casa al rey secreto, al gran rabino, que conocía el lenguaje de los muertos, escuchaba las voces del abismo y sabía interpretar los terribles signos del Señor.

Se encontraba este en su estancia inclinado sobre el libro de los Secretos, llamado Indraraba o la Gran Congregación. Perdido entre lo inconmensurable de las ci-

fras, los símbolos y las fuerzas creadoras, no oyó sus pasos, y solo cuando le saludaron — ¡La paz sea con la sagrada luz!— regresó su alma del mundo de los espíritus a la tierra.

Cuando finalmente el gran rabino volvió sus ojos hacia ellos, comenzaron a hablar invocando a Dios y alabando su poder, y Jäckele-Narr refirió, atropellándose y sin aliento, cómo le había asustado aquel resplandor entre los saúcos del cementerio, lo que le había dicho a Koppel-Bär y cuál había sido su respuesta, y que después, al ocultarse la luna, habían visto a los niños muertos volar sobre las tumbas formando una ronda fantasmal.

El gran rabino, que en las noches oscuras había recorrido los treinta y dos caminos ocultos de la sabiduría y que, transfigurado por medio de la magia, había traspasado las siete puertas del conocimiento, comprendió el sentido de aquella señal divina. Ahora sabía que en las callejas del barrio judío habitaba un pecador que, oculto, caía una y otra vez, día tras día. A causa de este pecador la muerte se había abatido sobre el barrio, y por su culpa las almas de los niños no encontraban reposo en sus tumbas.

El gran rabino permaneció en silencio unos instantes. Luego se levantó y abandonó la estancia, y, cuando regresó, llevaba en la mano derecha una fuente con papilla de sémola y dos tortillas, y en la izquierda un pequeño cuenco de plata labrada que contenía dulce de manzana sazonado con especias, el postre clásico de la Pascua.

—Tomad y comed —dijo, mostrándoles la papilla y las tortillas—. Y cuando estéis saciados coged este

cuenco con el dulce y llevadlo a las tumbas de los niños.

Ellos se asustaron al oír que debían volver al cementerio. Pero el gran rabino continuó hablando:

—No temáis. Aquel que con su palabra creó el mundo tiene poder sobre los vivos y sobre los muertos; solo su designio prevalece. Os sentaréis sobre las tumbas y esperaréis hasta que uno de los niños se acerque a vosotros y desee probar el dulce, porque los espíritus de los muertos aún no han olvidado los alimentos terrenales. Vosotros cogereís con ambas manos el borde de su vestido y le preguntaréis en nombre de Aquel que es el principio y el fin quién es el ser por cuyos pecados la gran muerte se ha abatido sobre esta ciudad.

A continuación el gran rabino pronunció sobre ellos las palabras de la bendición sacerdotal. Entonces quedaron liberados del miedo y se levantaron y marcharon decididos a obedecer la orden recibida.

Se encontraban sentados entre las tumbas, apoyados contra el muro del cementerio. El cuenco con el dulce de manzana sazonado reposaba ante ellos, sobre la tierra húmeda. A su alrededor reinaban el silencio y la más profunda oscuridad; no se movía ni el más leve tallo de hierba ni se veía luz alguna en el cielo cuajado de nubes. Y mientras permanecían allí sentados, esperando, el miedo se volvió a apoderar de ellos. Koppel-Bär comenzó a hablar solo, incapaz de soportar el silencio por más tiempo.

—Ojalá hubiéramos traído una candela —dijo—. No me gusta estar así, a oscuras. Hoy hay luna llena, pero no la veo; seguramente ha cantado el gallo y la luna se

ha esfumado. Estaríamos mejor junto al fogón. De la tierra sube un frío que se mete en mi saya, la helada es mi peor enemigo. Jäcke-Narr, ¿no tienes frío? Veo que tú también tiembles. Aquí, bajo la tierra, hay cientos de estancias, sólidas, sin ventanas ni puertas. En ellas no entra el frío, ni el hambre tampoco, los dos se quedan fuera y se entretienen mutuamente. Joven o viejo, pobre o rico, bajo la tierra todos son lo mismo...

De pronto enmudeció, la última palabra atravesada en la garganta, pues ante ellos apareció, bañada de luz, Flor, la hija del zapatero, con el cuenco de plata en las manos.

—¡Flor! —exclamó Jäcke-Narr—. Ay, ¿por qué tuviste que marcharte? ¿No me reconoces? Soy Jäcke-Narr, y este que está a mi lado es Koppel-Bär. ¿Te acuerdas de cómo saltabas y bailabas al oír mi violín? ¿Y cómo te reías cuando Koppel-Bär se ponía a cuatro patas y hacía sus gracias?

—Todo eso —dijo la niña con una voz extraña—, todo eso pertenece al pasado y no duró más que un instante. Ahora habito en la Verdad y en la Eternidad, que no tienen medida ni fin.

El cuenco de plata se deslizó hasta el suelo y la niña se volvió para regresar junto a sus compañeros. Entonces Jäcke-Narr recordó el cometido que les había traído a aquel lugar. Sujetó a la niña por el borde de la saya y gritó:

—En el nombre de Aquel que es el alfa y el omega, yo te conmino: habla y confiesa el pecado por el cual la gran muerte se ha abatido sobre esta ciudad.

Durante unos instantes ella permaneció en silencio e inmóvil, con los ojos vueltos hacia la oscuridad, hacia

el lugar en el que, sobre las tumbas, invisible a los ojos de los humanos, se encontraba el ángel del Señor, el guardián de las almas. Y luego habló:

—El ángel de Dios ha hablado, el siervo del Señor ha dicho: ello ha sucedido a causa del pecado de Moab que uno de vosotros ha cometido. Y Él, el Eterno, lo ha visto, y Él, el Eterno, os exterminará como exterminó a Moab.

Jäckele-Narr soltó entonces la camisa, y la niña desapareció volando como llevada por el viento, y su brillo y su resplandor se perdieron detrás de la oscura sombra de los saúcos.

Entonces Jäckele-Narr y Koppel-Bär abandonaron el cementerio y se dirigieron hacia la casa del gran rabino para contarle lo que habían oído.

Al apuntar el alba, el gran rabino envió a su emisario de puerta en puerta. Convocó a la comunidad a una reunión en la casa de Dios, y todos, hombres y mujeres, acudieron en tropel. Y cuando estuvieron todos reunidos, subió los tres escalones de piedra llevando bajo su manto las blancas mortajas, y sobre su cabeza ondeaba un pergamino que rezaba: «La magnificencia del Señor Sabaoth llena el mundo entero».

Cuando se hizo el silencio, el gran rabino comenzó a hablar. Les dijo que entre ellos había una que vivía en pecado, una adúltera, semejante a los hijos de la tribu maldita que Dios había exterminado. Y llamó a la pecadora para que se presentara y confesara y aceptara el castigo que Dios quisiera infligirle.

Entre las mujeres se levantó un murmullo y un cuchi-

cheo, se miraban unas a otras llenas de espanto, pero ninguna de ellas dio el paso, ninguna quería admitir haber cometido el pecado de Moab.

La voz del gran rabino se alzó por segunda vez. Dijo y proclamó que la gran muerte se había abatido sobre los niños de la ciudad a causa de aquel pecado. Y conminó a la pecadora en nombre de las sagradas letras y de los diez terribles nombres de Dios a que se presentara y confesara su pecado para acabar con aquella desgracia.

Pero también esta vez las palabras del gran rabino fueron en vano. La mujer que había cometido el pecado callaba y no quería arrepentirse.

Entonces la oscura nube de la ira se desató sobre el gran rabino. Sacó del cofre los santos pergaminos y pronunció sobre la pecadora las palabras del gran anatema, para que se marchitase como las rocas de Gilboa que maldijo el rey David. Ordenó que la tierra hiciera con ella como había hecho con Datam y Abirom. Que su nombre se extinguiera y que su descendencia fuera maldita en el nombre del Rayo y de las Chispas, en el de los Flamígeos y en el nombre del Zadkiel, el Ojo y el Oído. Y que su alma descendiera al abismo del horror y permaneciera allí hasta el fin de los tiempos.

Después de esto salió de la casa de Dios. En las callejuelas del barrio judío reinó entonces el llanto y el crujir de dientes.

Cuando el gran rabino se halló de nuevo en la estancia de su casa le volvió a la memoria un día y un acontecimiento del pasado. En aquella ocasión dos carniceros se

habían presentado ante él quejándose de que aquella misma noche les habían despojado de todas sus pertenencias. Un ladrón se había deslizado en su tienda, permaneciendo largo rato con la mercancía. Después se llevó toda la carne que pudo y el resto lo encontraron mancillado.

También en aquella ocasión el gran rabino convocó a la comunidad entera y llamó al ladrón para que confesara y reparara el daño que había hecho en la medida en que le fuera posible. Pero como el ladrón callaba y se obstinaba en la maldad, el gran rabino le condenó a ser expulsado, él y los suyos, de la comunidad de los Hijos de Dios.

Sin embargo, aquella misma noche, un gran perro se detuvo ante la casa del gran rabino y se puso a aullar y a ladrar de tal manera, tan triste era su queja, que el gran rabino reconoció en él al ladrón y levantó el anatema.

Pues si el poder del anatema es tan grande, se dijo el gran rabino, que ni la criatura en cuya alma no penetra ni un rayo del conocimiento de Dios puede resistirlo, ¿cómo es posible que esta adúltera siga viviendo bajo el peso de la maldición y no prefiera presentarse ante mí y confesar su pecado antes de que termine el día?

Pero las horas volaban y llegó la noche y volvió a irse, y el gran rabino había esperado en vano. Entonces llamó a su silencioso criado, la obra de sus manos, el que lleva el nombre de Dios entre sus labios, y le ordenó que recorriera las calles en busca de Koppel-Bär y Jäckele-Narr, pues tenía necesidad de ellos.

Y cuando aparecieron ante él, les dijo:

—Cuando se esfume el día y huyan las sombras, regre-

saréis de nuevo al cementerio y tú, Jäcke-le-Narr, tocarás con tu violín una de esas canciones que cantan los niños en la fiesta de los Tabernáculos. Y los espíritus de los muertos te oirán, pues durante siete días permanecen unidos a este mundo a través de las melodías terrenales. Luego volveréis aquí y tú, Jäcke-le-Narr, no dejarás de tocar. En cuanto piséis esta estancia deberéis abandonarla de nuevo, y cuidaos de no volver la vista atrás. Porque lo que quiero hacer es un secreto que pertenece a los Flamígeos, a los que también llaman Tronos, Ruedas, Fuerzas y Multitudes, y vuestros ojos no deben verlo.

Tras esto partieron e hicieron lo que se les había dicho. Jäcke-le-Narr cogió su violín y tocó las alegres melodías de la fiesta de los Tabernáculos, y Koppel-Bär hizo una exhibición de sus habilidades. De este modo avanzaron entre las tumbas del cementerio y luego regresaron a través de las solitarias callejas. Una llama que flotaba en el aire les siguió, subió la escalera y entró con ellos en la estancia del gran rabino.

En cuanto abandonaron la estancia, este pronunció la palabra prohibida, la que está escrita en el libro de las Tinieblas, aquella que hace temblar la tierra y desgaja las rocas, la palabra que devuelve a la vida a los muertos.

Y, tras apagarse la llamita, una niña se le apareció en su forma humana, hecha de carne y sangre. Se echó a tierra y lloró, gimiendo y lamentándose, pues quería regresar al jardín de los muertos.

—No permitiré que vuelvas a la Verdad y a la Eternidad —dijo el gran rabino—, deberás recorrer la vida terrenal desde el principio, a menos que respondas a mi pregunta. En el nombre de Aquel que es Solo y Único,

en el nombre de Aquel que fue y que será, yo te conjuro: habla y confiesa quién ha cometido el pecado por cuya causa la gran muerte se ha abatido sobre la ciudad.

La niña bajó la vista y negó con la cabeza.

—No conozco el nombre del que cometió el pecado por cuya causa Dios nos llamó a su lado —dijo—. No lo sé, y tampoco lo sabe el siervo del Señor, que vela sobre todos nosotros. Eso solo lo sabe uno, aparte de Dios, y ese eres tú.

Entonces un terrible gemido surgió del pecho del gran rabino, quien pronunció la palabra que debía deshacer el encantamiento, y la niña regresó volando al país de las ánimas.

El gran rabino abandonó entonces su casa y recorrió en solitario las oscuras callejuelas del gueto hasta el río, y, siguiendo la orilla, dejó atrás las chozas de los pescadores hasta llegar al puente de piedra.

En aquel lugar, bajo el puente de piedra, había un rosal con una rosa roja y, a su lado, un romero entrelazado a este de tal manera que las hojas de la rosa tocaban la blanca flor del romero.

El gran rabino se inclinó y arrancó el romero. Luego levantó el anatema que pesaba sobre la cabeza de la mujer que había cometido adulterio.

Negras nubes recorrían el cielo, la pálida luz de la luna iluminaba los pilares y las arcadas del puente de piedra. El gran rabino se acercó a la orilla y lanzó el romero al río para que sus aguas se lo llevaran consigo y se hundiera en sus profundidades rumorosas.

Aquella noche la peste se extinguió en las calles del gueto. Aquella noche murió en su casa de la plaza de las Tres Fuentes la bella Esther, esposa del judío Meisl.

Aquella noche, en su fortaleza de Praga, un grito de Rodolfo II, emperador del Sacro Imperio Romano, quebró su sueño.